

## Café con piononos

El cricrí me ha sacado del embeleso en el que caí sin querer. Bueno, tan sin querer no sería, el televisor está mudo. Estas películas no le dan a uno sino sueño. Ya están poniendo la segunda, he debido de dormir por lo menos una hora. Esta noche me darán las uvas. Gracias a Adela y su cafecito de media tarde, que si no... A su cafecito, y a su cocina de gas. Si tuviera una vitrocerámica, a saber a qué hora me habría despertado.

A Lola tampoco le gustaban las cocinas modernas. Decía que no se hallaba sin sus fuegos. Ella no cambiaba su trasto por nada del mundo, aunque diera más trabajo. Una vez en semana, ponía los quemadores a remojo en vinagre, y luego los bruñía con un estropajo hasta que te podías ver en ellos.

Mira de lo que me vengo a acordar ahora... Déjame levantarme. Esta próstata me tiene todo el día “al baño voy, del baño vengo”. Así estiro un poco las piernas, que me anquiloso de las horas que paso en este sillón. Con Lola, ya nos habríamos echado a la calle. Estaríamos paseando por la Alameda, tú siempre cogidita de mi brazo, y al llegar al final, nos sentaríamos en la terraza de La Dulcinea, y saborearías tu pionono con la golosinería de una niña chica.

¡Ay, Lola, qué largas se me hacen ahora las tardes de domingo! Ya no voy a la Alameda, no es lo mismo sin ti, ni el café en La Dulcinea, ni nada... Esta cisterna se sale. Tendré que decírselo a Juan. Es una suerte tener de vecino a un fontanero jubilado. Hay que ver qué rápido ha caído la tarde, el salón se ha quedado en penumbra. Claro, con la persiana bajada...

Qué silencio en el patio. Tanto, que se oye el borboteo de la cafetera. Cuánto me gustaría charlar ahora un rato con Adela, mientras nos tomamos una tacita de café. Es buena conversadora, Adela, y tiene una sonrisa que es un bálsamo. La primera vez que nos encontramos en la escalera volví a casa con una tirantez extraña en la cara. Corrí al espejo para ver qué me pasaba, asustado. ¡Y era una sonrisa de oreja a oreja! Después de eso, ya noto que me cambia la expresión nada más oír su voz de lejos.

Cómo me gusta cerrar los ojos, y llenar hasta el último recoveco de los pulmones con esta brisa tibia de las tardes de verano. Debe de ser una forma de emborracharme, porque vaya idea se me está cruzando por el magín... ¿Y por qué no? ¿Estoy presentable? A ver: ¿Camisa y pantalones? Limpios. ¿Los cuatro pelos que me quedan? En su sitio. ¿Zapatos? ¿A dónde vas con las zapatillas, tolete? Ya está, todo listo para revista. ¿Todo? ¿Y si le molesta mi atrevimiento?

¡Qué rico huele el café! ¿Y por qué tardará tanto en abrir?

—Hola, Adela, ¿te gustan los piononos?

M<sup>a</sup> José Torres

Taller de Introducción a la Narrativa por Alexis Ravelo (20.06.2012)